

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 65

MADRID 30 DE SETIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



MADAMA DE BORNES HIZO UNA SEÑA IMPERCEPTIBLE Á SU ESPOSO.

EL LOBO Y EL CORDERO.

— ¡Ah! dijo ella al leer las primeras palabras del billete, que solo contenía pocas palabras; esto se ha enredado mas pronto y con mas calor de lo que yo presumia; añadió dejando la misiva sobre el mármol de la chimenea.

— ¿Pues qué sucede? preguntó M. de Bornes con indiferencia.

— Nada ó mucho, contestó Mma. de Bornes en el mismo tono. M. de Noirmont ya está de vuelta. Lo demas vedlo por vuestros propios ojos; para vos no tengo yo ningun secreto.

Al decir esto presentó la carta á su esposo, quien la tomó sonriéndose.

— He aquí un marido poco cauto, dijo despues de leerla. ¿A quién se le ocurre presentarse en su casa sin previo aviso?

— ¿Conque le condenais?

— Seguramente. Sucédale lo que quiera, bien merecido se lo tiene.

— ¿Lo creéis de ese modo? dijo Mma. de Bornes lanzándole una maligna mirada que le hizo volver en sí.

Comprendió que habia caído en la trampa, y respondió con un tono que denotaba no haberse equivocado.

— Yo siempre deseo lo que os place, señora.

Mma. de Bornes se puso á atizar la lumbre como si no hubiera entendido cuánta perfidia habia en aquella respuesta, ó como si no la diese importancia.

— Os encuentro hoy algo pálida, dijo M. de

Bornes con interés; pero siempre estais hermosa, y esa papalina os cae perfectam ente.

— Sois muy lisonjero.

— ¿Sabeis, Carolina, que vuestra amiga es encantadora?

— Encantadora.... ¿Y su marido, qué os parece?

— No le conozco.

— Teneis razon. ¿Queréis conocerle?

— De buen grado. ¿Y cómo?

— Fácilmente.

Aquí M. y Mma. de Bornes cambiaron una mirada y una sonrisa casi equivalente al apretón de mano sacramental que suple por la firma de un convenio.

— Os advierto, prosiguió Mma. de Bornes, para que no os llameis á engaño, que Mma. de Noirmont tiene un amante.

— Es decir que se halla entre dos tiranos: con todo, siempre puede emanciparse de uno.

— Tal vez por eso no le quiere.

Mma. de Bornes pareció reflexionar un rato.

— ¿Y ese compromiso es el mas reciente de todos? preguntó en seguida.

— La union es antigua, pero el compromiso es reciente.

— Entonces soy perdido, repuso M. de Bornes que sentia cómo se desgajaba la última rama á que se habia asido.

— ¿Quién sabe?

Esta espresion, soltada de intento, como una tabla sobre el Oceano, despertó el interés de M. de Bornes. Hizo un movimiento para acercarse á su esposa.

— Ruesto que no deseais quitarme la esperanza, dijo risueño, nombradme al traidor cuyo pri-

vilégio usurpo, para que esté yo prevenido contra todo evento.

— ¿Prometeis ser discreto y paciente?

— Y ciego si os place á vos y á Mma. de Noirmont....

En este instante anunció un criado al conde Enrique de Pons: Mma. de Bornes hizo una seña imperceptible á su esposo, quien saludó amistosamente á su rival y salió de la estancia.

— ¿Qué traeis de bueno? dijo Mma. de Bornes por via de pregunta al recién venido.

— Sois un ángel, dijo el jóven conde besando la mano que le tendia.

— Si os anunciáis con lisonjas habré de creer que venís en guisa de pretendiente.

— Oh! vengo por el contrario á daros las gracias, asegurándoos que nunca olvidaré....

— ¿Con que sois ya tan dichoso?

— Me animan grandes esperanzas.

— Habeis visto á Mma. de Noirmont?

— Sí....

— Contádmelo pronto y sin que os quede nada en el tintero. Para mí es interesante todo cuanto afecta á mis amigos.

Sentóse el conde en una banqueta junto á las rodillas de Mma. de Bornes, de modo que mientras le escuchaba podia ella tocar con la punta de su pie en uno de los ángulos del asiento.

— Sabed, dijo el conde en guisa de actor que se dispone á recitar su parte, que cuando entré en su aposento.... Pero ante todo conviene deciros que ya, desde la entrevista que nos proporcionasteis en aquel saloncillo siempre para mí venturoso.

— La prosperidad os hace perder el seso, querido amigo, y teneis ya toda la impertinencia del

hombre que de nada llega á mucho.... Cont inuad sé de antemano el resultado que tuvo la entre vista.

— Pues, al entrar en su aposento (y notad que no digo en su saloncillo) hallé á Mma. de Noirmont reclinada en su otomana. Voy á deciros al punto la causa de su enfermedad.

— Me es harto conocida.

— Ea, bien, prosigo: ¡Luisa! exclamé dirigiéndome á ella con el ademán mas imponente que pude. ¿Padeceis mucho? — Si, dijo ella, alargándome su ardorosa mano, mucho.... Luego añadió sencillamente; ya ha vuelto mi esposo. Aquel era entonces sin disputa un mal grave para ella y para mí. Habia caído el infortunado sobre la casa de su consorte ni mas ni menos que una bomba, y precisamente para recibirla á la salida del baile. Sin que me la refiriese hubiera yo adivinado la escena que vino en pos, y cuyo mas deplorable resultado fue arrebatarme á mi hermosa aquella serenidad y aquella frescura de aquel que tanto la distinguian. Hasta en aquel momento se advertia en sus mejillas cierto maliz saludable que aumentaba mas y mas mi asombro. Cubrí de besos sus manos que me abandonaba á discrecion cual si no tuviese fuerzas para retirarlas. En realidad se hallaba muy débil y abatida: yo estaba á sus pies: me rechazó con dulzura. ¡Luisa! exclamé, sois por mí desdichada y á mí me toca velar en vuestra custodia. ¡Oh! si toda mi vida de amor pudiere reparar el daño que os origino! ¿Y qué nos importa el mundo? ¿Qué nos importan vanos deberes? Vuestro verdadero esposo es el que vuestro corazón ha elegido, el compañero de vuestra infancia, el que prefiere morir á respirar lejos de vos. — Me sentia inspirado y con suficiente aliento para hablar por mucho espacio en aquel loco, si la llegada del marido no hubiera agotado de repente aquel manantial de amorosa elocuencia próximo á desprenderse de mis labios. Al parecer no le causó ni presencia ni asombro, ni embarazo; y justo es confesar que si no es oportuno en su conducta, jamas carecen de cortesania sus modales, ni sus espresiones. Además si yo le quisiera mal seria muy poco generoso, porque su vuelta inesperada, y la escena interior á que dió márgen han adelantado mis asuntos mas de lo que hubieran conseguido bien combinadas maniobras. Si ocurre otro suceso como ese, me lisonjeo de que Mma. de Noirmont sanará de esa afeccion molesta, y rara por fortuna, á que se dá el nombre de virtud.

— No hay como los maridos para curar esa especie de enfermedades; pero el de Mma. de Noirmont podría ser menos hábil, ó menos torpe (entendiedo como os plazca) que sus semejantes. Es hombre de talento y ama á su esposa. Importaría preveer, en cuanto posible fuera, los medios de que acostumbra á valerse para ayudarle ó combatirle, segun el caso lo requiere. Dicen que es orgulloso y susceptible.

— Como un hidalgo.

— Entonces no hay mas que un camino para el logro de nuestros fines, y es el escándalo. Es necesario comprometer á su esposa de tal manera que toda retirada le sea imposible. Al esposo le sucederá una de dos cosas, ó se conducirá como hombre de talento y guardará silencio, ó querrá rendir culto en las aras de la opinion y buscará al que le injurie. Yo sé, Enrique, que sois va-

liente, y á fé que Mma. de Noirmont bien merece la pena de que se arriesgue en su obsequio una estocada.

— Y aunque sean muchas mas.

— Por lo demas no hé menester advertiros que debéis proceder como un cumplido galan evitando haceros odioso por un acto de inútil barbarie. Pocas gotas de sangre bastarán para lavar lo que el vulgo llama una mancha; y hasta seria conveniente que vuestra persona hiciera los honores de tan humilde sacrificio. Esto os colocaria en posicion brillante, y vengada así la honra del marido, no os miraria su muger con malos ojos. El éxito es infalible.

— Teneis razon; pero es de sentir que el pinchazo de una espada no sea tan seguro como el de una lanceta.

— Eso os toca á vos: yo nada entiendo de esas materias: consultad á vuestro maestro de esgrima. Os asiste el derecho de defenderos, mas guardad bien en la memoria, que el de matar os está vedado. Es indispensable que os decidais á perder la primera partida si quereis ganar la revancha.

— Con calor defendeis la vida de M. de Noirmont. ¿Tiene quizá la ventura de interesaros?

— ¿Y porqué no? Las mugeres aman á los desvalidos; tal es su vocacion verdadera.

Dijo esto con un tono de hermana de la caridad que no pudo menos de reirse el conde.

— Miedo me da enamorarme, se dijo á si mismo, pues aun estaba para mí oculta esa montaña de ese modo, añadió en alta voz, sucede como en el Paraiso que los últimos son los primeros.

Eso es aunque con una diferencia en favor de las mugeres, la cual consiste en que son muchos los llamados, y... muchos los elegidos.

Esta agudeza que no hubiera desdenado Ninon, á quien procuraba imitar la marquesa, dió mucho que reir á los dos conspiradores.

— Solo una cosa me apura, añadió el conde. ¿De qué modo podria yo comprometer como decís á mi orgullosa dama.

— Eso me toca á mi: cuidad vos de ganar terreno y de no perder tiempo.

— Ganaré de seguro mientras seais en mi ayuda, respondió el conde, despidiéndose de Mma. de Bornes.

(Continuará.)

DE LA ESCUELA MODERNA ITALIANA.

ARTICULO SEGUNDO.

La antigua escuela italiana se ha desquitado, nada es mas cierto; el cisma se introdujo en el templo, y Rossini, el Lutero Musical, comenzó hace mucho tiempo la encarnizada lucha: al presente yace silencioso y reposa de sus pasadas fatigas. Asi el genio que á las mas profundas combinaciones armónicas unia siempre una melodia viva y arrebatadora ha dejado sin direccion en la carrera á sus adeptos Donizetti, Mercadante, Pacini, &c. &c. Bellini trató de encaminar la música á sus primeros pasos, á una melodia sencilla y tierna: Pacini imitó quizás con demasiada servilidad á Rossini y Mercadante. Se dedico á los contrastes, esforzándose en producir nuevos

y grandes efectos de instrumentacion, lo que consiguió efectivamente aunque con perjuicio de la melodia. *Il Giuramento*, escrito bajo la influencia de este sistema, fue ópera muy aplaudida como una innovacion en sus primeras representaciones, mas no tardó en decaer su mérito en opinion de los inteligentes. Donizetti, menos profundo que Rossini, y careciendo de sus bellas concepciones dramáticas y de su inmenso genio, ha pretendido inspirar interés al público por medio de una instrumentacion estrepitosa y desarreglada, empleando con una frecuencia inconsiderada los instrumentos de cobre y otros desconocidos hasta el presente en una orquesta de teatro, de modo que resulta en el conjunto de cada pieza un ruido, un estruendo, una confusion de sonidos, cuya sola idea hubiera hecho temblar á Mozart.

Sin embargo, rehusar á Donizetti el genio de la melodia seria un absurdo, pues tiene probado en muchas composiciones que lo posee en alto grado. Este maestro peca, es verdad, por la falta de variedad tan necesaria á un compositor, y sus ideas muchas veces monótonas tienen el defecto de una espresion alar bicada; pero estos defectos y los que se notan en una instrumentacion rebuscada que tanto se echa en cara á los contrapuntistas italianos proviene en gran parte de la necia costumbre que han adquirido los empresarios de teatros filarmónicos de hacer escribir grandes obras en tiempo determinado, á veces insuficiente para el trabajo del copista, de donde nace que los manuscritos llegan á presentarse no pocas veces el dia mismo de la última representacion, y sin ser examinados por el compositor: por otra parte el precio de una ópera es tan mezquino (dos mil francos á lo sumo) que el maestro casi la concluye, dejando por consiguiente sus particiones imperfectas. Bueno es consignar aqui que las obras maestras de la escuela italiana rara vez han valido á Rossini mas de cien luisas, y que le han pagado por otras de reconocido mérito la miserable cantidad de seiscientos francos.

MAXIMAS MORALES.

Viven los mendigos de sus llagas: hombres hay que se aprovechan de todo hasta del desprecio.

La muerte, segun los salvajes, es una muger alta y hermosa á la que solo le falta el corazón.

En el fondo del alma no tiene el hombre aversion ninguna á la muerte, antes por el contrario le place: la lámpara que se apaga no padece.

Los árboles se desnudan de sus galas hoja por hoja; si los hombres pensasen hoy lo que ayer perdieron, se penetrarian de su pobreza.

Reproducidos por la memoria los placeres de nuestra juventud parecen ruinas vistas al fulgor de una tea.

Pedid al arrepentimiento la vestidura de la inocencia, éi es quien se la ha encontrado y se la devuelve á los que la han perdido.

TEATROS.

CRUZ.

A las ocho de la noche.

Pedro el negro ó los bandidos de la Lorena.

muy acreditado y aplaudido drama de grande espectáculo, en cinco actos, dividido el segundo en dos cuadros, que será exornado con todo el aparato teatral que su asunto exige, como en sus primeras representaciones.

PERSONAJES. ACTORES.

Mariana Sras. Perez.
Bratula Sampelayo.
Andrés Sres. Alvera.
Paseual Caltañ. (D. V.)
Pedro Negro Lumbreras.

Francal Lopez.
Banfré Azcona.
Gruli Torreba.
Oni Carceller.
Pablo Azopardo.
Mas Garcia.
Ladron 1.º Spuntoni.
Id. 2.º Reyes (D. M.)
Id. 5.º Rada.
Id. 4.º Flores.
Rolando Fernandez.
Pedro gordo Caltañ. (D. H.)
Mozo 1.º Lamadrid.

Terminando con baile nacional.

PRINCIPE.

A las 8 de la noche.
1.º Sinfonia.

Lopez.
Azcona.
Torreba.
Carceller.
Azopardo.
Garcia.
Spuntoni.
Reyes (D. M.)
Rada.
Flores.
Fernandez.
Caltañ. (D. H.)
Lamadrid.

2.º Se volverá á poner en escena el aplaudido drama en tres actos, titulado.

EL MULATO.

PERSONAJES. ACTORES.

Marquesa Sras. Diez.
Luisa Parra.
Camarera Sierra.
Una Dama Feito.
Conde Sres. Romea (D. J.)
Marques Romea (D. F.)
Ramie Sobrado.
Moliere Garcia.
Lorenzo Fabiani.
Comisario Pló.
Tobi Silvostrí.
José Mazo.
Monteros } París.
Mozo } Fernandez (D. J.)
Lledó.

Un caballero Ornero.

Exornado del modo que su argumento requiere.

3.º Baile nacional.

4.º Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

CIRCO.

A las siete y media de la noche.

SAFFO.

Opera seria en 5 actos.
S. M. y A. honrarán con su asistencia la función de este dia.

IMPRENTA DE BOIX.